

Y al retirarse encontró á Borromeo, que subía de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo :

— Ya lo has oído : dentro de diez minutos ni un alma en el establecimiento.

Bonhomet hizo con su cabeza, tan desdeñosa habitualmente, una señal de obediencia y se dirigió á su cocina á fin de meditar los medios de obedecer al doble mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto halló á Chicot, que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuáles fueron los medios que discurrió Borromeo para salir de su compromiso ; pero es el resultado que á los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el brazo al último mercader, y diciendo :

— ¡Diablo! borrasca se prepara hoy en casa de maese Bonhomet; pongámonos á buen recaudo si queremos evitar la granizada.

CAPÍTULO XXIII

De lo que sucedió en el reducto de maese Bonhomet.

Cuando el capitán entró en el reducto con un canasto de doce botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo por creer tonto á Chicot.

Borromeo tenía mucha prisa de destapar las botellas que había ido á buscar á la bodega ; pero nada era en comparación de la que Chicot tenía, y por lo tanto no fueron largos los preparativos. Á fuer de bebedores experimentados, ambos compañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhomet les presentó inmediatamente el plato que habían pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhomet contestó á cada uno de ellos ; pero si

alguno hubiese podido juzgar aquellas dos miradas, habría hallado notable diferencia entre la destinada á Borromeo y la que iba dirigida á Chicot.

Bonhomet salió, y los dos compañeros empezaron á beber.

Ante todas cosas, como la ocupación era demasiado importante para que nada debiera interrumpirla, ambos bebedores se humedecieron bien las fauces con sendos vasos de vino sin hablarse una sola palabra, pues el único que lo había hecho fué Chicot, y eso sólo para decir :

— ¡Pardiez! ¡qué buen Borgoña!... ¡Diablo! ¡excelente jamón!

Había despachado dos botellas, es decir, una botella por frase.

— ¡Cáspita, decía para sí Borromeo, no lo hace mal! me alegro, así tendré una probabilidad más de haer mi negocio.

Á la tercera botella levantó Chicot los ojos al cielo y dijo :

— En verdad que bebemos como si tratáramos de emborracharnos.

— ¡Bueno! ¡Este salchichón está tan salado! dijo.

— ¡Ah!

— Bien va, dijo Chicot, continuemos, amigo : yo tengo la cabeza firme.

Y cada uno de ellos desocupó su botella, produciendo el vino en los dos compañeros un efecto enteramente opuesto, pues al mismo tiempo que desataba la lengua de Chicot, ataba la de Borromeo.

— ¡Hola! murmuró Chicot, amigo mio, señal que desconfías de ti mismo.

— ¡Hola! dijo para sí Borromeo, ¿hablas? Señal que te emborrachas.

— ¿Cuántas botellas necesitáis, compadre?

— ¿Para qué? preguntó Chicot.

— Para estar alegre.

— Cuatro, según mi cuenta.

— ¿Y para achisparos?

— Pongamos seis.

— ¿Y para achisparos completamente?

— Doblemos la cantidad.

— Gascón al fin, dijo para sí Borromeo : balbucea, y aun está en la cuarta botella. Entonces tenemos bastante, añadió levantando la voz y sacando del cesto una botella para él y otra para Chicot, es decir, la quinta botella; pero Chicot advirtió que de las cinco botellas colocadas en fila á la derecha de Borromeo, unas estaban á la mitad, otras á la tercera parte, y ninguna vacía, todo lo cual le confirmó en el pensamiento que desde un principio le había ocurrido, á saber, que el capitán tenía respecto de él no muy buenas intenciones.

Al levantarse para recibir la quinta botella que le presentaba Borromeo, se tambalearon sus piernas y dijo :

— ¿No habéis sentido?

— ¿Qué?

— Un temblor de tierra.

— ¡Bah!

— ¡Sí, voto á Cribas! Por fortuna la hostería del *Cuerno de la Abundancia* es sólida, á pesar de estar construída sobre un eje.

— ¿Está edificada sobre un eje? preguntó Borromeo.

— Sin duda, puesto que da vueltas.

— Es verdad, dijo Borromeo apurando su vaso: yo sentía el efecto, pero no adivinaba la causa.

— Porque no sois latino, dijo Chicot, porque no habéis leído el tratado *De natura rerum*; si lo hubieseis leído, sabrías que no hay efecto sin causa.

— Pues bien, mi querido camarada, dijo Borromeo, porque al fin sois capitán como yo, ¿no es verdad?

— Capitán desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos, respondió Chicot.

— Pues bien, mi querido capitán, prosiguió Borromeo, puesto que, según aseguráis, no hay efecto sin causa, decidme cuál era la causa de vuestro disfraz.

— ¿De qué disfraz?

— Del que llevabais cuando fuisteis á casa de don Modesto.

— ¿De qué estaba disfrazado?

— De paisano.

— ¡Ah! es verdad.

— Decidme eso, y comenzaréis mi educación de filósofo.

— Con mucho gusto: pero en cambio me diréis por qué estabais disfrazado de fraile; pagadme una confianza con otra.

— Que me place, dijo Borromeo.

— Tocad esos cinco, dijo Chicot, y alargó su mano al capitán.

Éste dejó caer á plomo su mano sobre la de Chicot.

— Ahora yo, dijo Chicot, y apretó la de Borromeo.

— ¡Bien! dijo Borromeo.

— ¿Conque queréis saber por qué estaba yo disfrazado de paisano? preguntó Chicot con lengua que cada vez se hacía más estropajosa.

— Sí, me interesa.

— ¿Y después me lo contaréis todo?

— Os doy mi palabra de honor.

— Á fé-de capitán, ¿no es verdad? Por otra parte, ¿no es cosa ya convenida?

— Es cierto, lo había olvidado. Pues bien, el motivo de mi disfraz es la cosa más sencilla del mundo.

— En ese caso, hablad.

— En dos palabras os pondré al corriente.

— Ya escucho.

— Espiaba por el rey.

— ¡Cómo! ¿espiabais?

— Sí.

— ¿Conque sois espia por oficio?

— No, por afición solamente.

— ¿Qué espiabais en casa de don Modesto?

— Todo. En primer lugar á don Modesto, después al hermano Borromeo, luego á Santiaguillo, y por último, á todo el convento.

— ¿Y qué habéis descubierto, mi digno amigo?

— Desde luego he descubierto que don Modesto es un gran bestia.

— No se necesita ser muy hábil para eso.

— Poco á poco, señor Borromeo, que S. M. Enrique III no es un necio, y lo considera como la lumbrera de la Iglesia, y aun piensa hacerle obispo.

— Sea: nada tengo que decir contra esa promoción; al contrario, me reiré mucho cuando suceda. ¿Y qué más habéis descubierto?

— He descubierto que cierto hermano Borromeo no era fraile, sino capitán.

— ¿De veras habéis descubierto eso?

— Al primer golpe de vista.

— ¿Y después?

— He descubierto que Santiaguillo se ejercitaba en tirar al florete, mientras pudiera hacerlo con la espada, y que daba estocadas á un muñeco mientras llegaba la ocasión de poder hacerlo con un hombre.

— ¡Ah! ¿has descubierto eso? dijo Borromeo frunciendo el ceño. ¿Y qué más has descubierto?

— ¡Oh! dame de beber, porque sino de nada me acordaré.

— Observarás que estás en la sexta botella, dijo Borromeo riéndose.

— Así es que empiezo á achisparme, dijo Chicot, no lo niego. ¿Hemos venido aquí para filosofar?

— No, hemos venido para beber.

— Pues entonces bebamos.

Y Chicot llenó su vaso.

— Tienes razón, contestó Borromeo.

— Y en seguida añadió :

— ¿Te acuerdas, Chicot?

— ¿De qué?

— De lo que has visto en el convento.

— ¡Diablo! si me acuerdo.

— ¿Y qué has visto?

— He visto que los frailes, en vez de ser tales, eran soldados, y en vez de obedecer á don Modesto te obedecían á tí. He ahí lo que he visto.

— En efecto; pero no es eso todo lo que has visto.

— No; pero bebamos, bebamos, sino voy á perder la memoria.

Y como la botella de Chicot estaba vacía, presentó su vaso á Borromeo, que le hechó vino de la suya.

Chicot desocupó su vaso sin tomar aliento.

— ¡Qué tal! Parece que todo lo tenemos presente.

— ¡Vaya si lo tenemos!

— ¿Y qué más has visto?

— He visto que había una conjuración.

— ¡Una conjuración! dijo Borromeo poniéndose pálido.

— Una conjuración, si, respondió Chicot.

— ¿Contra quién?

— Contra el rey.

— ¿Con qué objeto?

— Con el de apoderarse de su persona.

— ¿Y cuándo?

— Al volver de Vincennes.

— ¡Mal rayo!

— ¿Qué es eso?

— Nada. ¿Conque habéis visto eso?

— Sí.

— ¿Y habéis avisado al rey?

— Es claro, como que había ido para eso.

— ¿Entonces vos tenéis la culpa de que se haya frustrado el golpe?

— Yo mismo, dijo Chicot.

— ¡El diablo cargue contigo! dijo Borromeo entre dientes.

— ¿Qué decís? preguntó Chicot.

— Digo que tenéis buena vista, amigo.

— ¡Bah! respondió Chicot balbuceando, he visto otras muchas cosas. Dadme una de vuestras botellas, y os admiraréis cuando os diga lo que he visto.

Borromeo se apresuró á satisfacer el deseo de Chicot.

— Veamos, dijo, decidme eso que me ha de asombrar.

— En primer lugar, dijo Chicot, he visto á Mr. de Mayenne herido.

— ¡Bah!

— Después he visto la toma de Cahors.

— ¿La toma de Cahors? ¿Conque venís de Cahors?

— Ciertamente. ¡Ah! capitán, era cosa digna de verse, y un valiente como vos hubiera gozado con semejante espectáculo.

— No lo dudo. ¿Según eso estabais cerca del rey de Navarra?

— Á su mismo lado, querido amigo, como estamos aquí.

— ¿Y os separasteis de él?

— Para llevar esta nueva al rey de Francia.

— ¿Y venís del Louvre?

— Llegué un cuarto de hora antes que vos.

— Entonces, como no nos hemos separado desde aquel momento, no os pregunto lo que habéis visto después de nuestro encuentro en el Louvre.

— Al contrario, preguntad, preguntad, pues os aseguro que eso es lo más curioso.

— Pues bien, hablad.

— Hablad, hablad, ¡cuerpo de Baco! Es muy fácil decir: ¡hablad!

— Haced un esfuerzo.

— Venga otro vaso de vino para desatarme la lengua... lleno, así. He visto, camarada, que al sacar de tu bolsillo la carta de S. A. el duque de Guisa, dejaste caer otra.

— ¿Otra? exclamó Borromeo dando un salto sobre su asiento.

— Sí, dijo Chicot, que tienes ahí.

Y después de haber oscilado su mano á uno y otro lado, apoyó un dedo sobre el colete de ante de Borromeo, en el sitio mismo donde estaba la carta.

Borromeo tembló, como si el dedo de Chicot hubiese sido un hierro candente y como si este hierro hubiese tocado su pecho en vez de tocar su colete.

— ¡Oh, oh! dijo, ya no falta más que una cosa.

— ¿Cuál?

— Que adivinéis á quien está dirigida esa carta.

— Poco tiene que adivinar eso, dijo Chicot, dejando caer sus dos brazos sobre la mesa, está dirigida á la duquesa de Montpensier.

— ¡Diablo! exclamó Borromeo, espero que nada de eso habréis dicho al rey.

— Ni una palabra, pero se lo diré.

— ¿Cuándo?

— Cuando haya echado un sueño, contestó Chicot dejando caer la cabeza sobre sus brazos, como había dejado caer los brazos sobre la mesa.

— ¿Conque sabéis que tengo una carta para la duquesa? preguntó el capitán con voz ahogada.

— Lo sé, lo sé perfectamente, dijo Chicot.

— Y si pudieran sosteneros vuestras piernas, ¿iríais al Louvre?

- Ahora mismo.
- ¿Y me denunciaríais?
- Sí.
- ¿De modo que no os chanceáis?
- ¿Cómo?
- Que en cuanto echéis ese sueño...
- ¿Qué?
- El rey lo sabrá todo.
- Pero, mi querido amigo, replicó Chicot levantando su cabeza y mirando á Borromeo con aire lánguido, haceos cargo de una cosa : que vos sois conspirador y yo espía ; si estáis metido en una conjuración, os denuncio, y en esto no hacemos más que cumplir cada uno con los deberes de su oficio. Ea, buenas noches.
- Y diciendo estas palabras, no solo volvió á tomar su posición primitiva, sino que se acomodó en su asiento y sobre la mesa, de modo que, sepultada su cara entre las manos, y cubierta la parte posterior de la cabeza con su casco, no presentaba de superficie más que la espalda, que, despojada de su coraza, la cual estaba sobre una silla, había podido arquearse cómodamente.
- ¡Hola! dijo Borromeo, fijando en su compañero sus ojos centelleantes, ¿conque quieres delatarme?
- Tan luego como despierte, amigo mío, contestó Chicot.
- Pero falta saber si despertarás, exclamó Borromeo descargando al mismo tiempo una furiosa puñalada sobre la espalda de su compañero de crápula, y creyendo atravesarle de parte á parte y clavarle en

la mesa ; pero Borromeo no había contado con la cota de malla que tomó Chicot del gabinete de armas de don Modesto.

La daga se rompió como vidrio contra aquella famosa cota á que por segunda vez debía Chicot la vida.

Además, antes de que el asesino hubiese vuelto de su estupor, el brazo derecho de Chicot, estirándose como un resorte, describió medio círculo, y vino á descargar un puñetazo, que pesaba lo menos doscientas libras, sobre el rostro de Borromeo, quien, ensangrentado y magullado, fué á caer contra la pared.

En un segundo se puso de pie Borromeo, y en otro se le vió con la espada en la mano ; pero estos dos segundos habían bastado á Chicot para levantarse y desenvainar la suya.

Todos los vapores del vino se habían disipado como por encanto ; Chicot, con la pierna izquierda echada hacia adelante, la vista fija y el puño firme, se preparaba á recibir á su enemigo.

La mesa, como un campo de batalla, sobre el cual estaban acostadas las botellas vacías, se interponía entre los dos adversarios, sirviendo de trinchera á cada uno de ellos ; pero la vista de la sangre que caía de su nariz á la cara y de su cara al suelo, puso fuera de sí á Borromeo, que, perdiendo toda prudencia, se lanzó contra su enemigo, aproximándose á él todo lo que la mesa le permitía.

— ¡Qué bruto eres! dijo Chicot, ya ves como eres tú el que estás borracho, pues de un lado á otro de la mesa no puedes alcanzarme, en tanto que mi brazo

es seis pulgadas más largo que el tuyo y mi espada tiene seis pulgadas más larga que la tuya. Mira la prueba.

Y sin moverse siquiera alargó Chicot el brazo con la rapidez del relámpago, y picó á Borromeo en medio de la frente.

Borromeo lanzó un grito más de cólera que de dolor, y como al fin era de un valor extraordinario, redobló su encarnizamiento en el ataque.

Chicot, siempre del lado opuesto de la mesa, tomó una silla y se sentó tranquilamente.

— ¡Dios mío, que estúpidos son estos soldados! dijo encogiéndose de hombros. Creen que saben manejar una espada, y cualquier paisano puede, si quiere, matarlos como moscas. ¡Bravo! de esta hecha me va á dejar tuerto. ¡Hola! ¿te subes sobre la mesa? ¡Bueno! No faltaba más que eso; pero te advierto, asno enjalmado, que son terribles las estocadas de abajo á arriba, y si yo quisiera, te ensartaría como á una cogujada.

Y le picó en la barriga como le había picado en la frente.

Borromeo rugía de furor y saltó abajo de la mesa.

— Enhorabuena, dijo Chicot, ya estamos á pie llano y podemos hablar mientras nos tiremos estocadas. ¡Ah! capitán, capitán, así asesinamos algunas veces en nuestros momentos perdidos entre dos conjuraciones.

— Yo hago por mi causa, lo que vos hacéis por la vuestra, dijo Borromeo, asustado á pesar suyo del fuego sombrío que brotaba de los ojos de Chicot.

— Eso es hablar, dijo Chicot, y sin embargo,

amigo mío, veo con placer que valgo más que vos. ¡Ah! no ha sido mala.

Borromeo acababa de tirar á Chicot una estocada que había tocado su pecho.

— No ha sido mala, pero conozco el botonazo, es el mismo que enseñasteis á Santiaguillo; decía, pues, que valia más que vos, amigo mío, porque yo no he comenzado la lucha, aunque no me han faltado ganas; hay más, os he dejado realizar vuestro proyecto, dándoos toda latitud, y aun en este momento no hago más que parar los golpes, haciéndolo así porque tengo que proponeros un arreglo.

— ¡Nada! ¡nada! exclamó Borromeo exasperado al ver la tranquilidad de Chicot.

Y le tiró otra estocada, que hubiera atravesado al gascón de parte á parte, si éste, á favor de sus largas piernas, no hubiera dado un paso que le puso fuera del alcance de su adversario.

— Voy, sin embargo, á decir en qué consiste ese arreglo, para no tener nada de qué reconvenirme.

— Calla, calla, dijo Borromeo, es inútil.

— Escucha, dijo Chicot, lo hago sólo para tranquilizar tu conciencia; no estoy sediento de tu sangre, ¿lo entiendes! ni quiero matarte sino en último recurso.

— Mátame, si puedes, exclamó Borromeo exasperado.

— No por cierto; ya he matado á otro espadachín como tú, y aun debo añadir más fuerte que tú. ¡Paradiez! tú le conoces: era también de la casa de Guisa: un abogado:

— ¡Ah! ¡Nicolás David! murmuró Borromeo

aterrado del precedente y pudiéndose á la defensiva.

— Justamente.

— ¡ Ah! ¿ Fuiste tú quien le mató?

— Sí, con una estocada muy linda, que voy á enseñarte sino aceptas el arreglo.

— Buenõ, veamos ese arreglo.

— Que pases del servicio del duque de Guisa al del rey, pero sin dejar el del duque.

— Es decir, ¿ que me haga espía como tú?

— No por cierto, hay una diferencia notable; á mí no me pagan, y á ti te pagarán: empezará por manifestarme esa carta del duque de Guisa á la duquesa de Montpensier, me dejarás tomar una copia, y yo te dejaré tranquilo hasta nueva ocasión. ¿ Qué tal! ¿ Soy caballero?

— Toma, dijo Borromeo, esta es mi respuesta.

La respuesta de Borromeo fué una estocada tan rápidamente dada, que la punta de la espada tocó en el hombro de Chicot.

— Vamos, dijo Chicot, veo que es absolutamente necesario que te enseñe el botonazo que di á Nicolás David, es un botonazo muy bonito y sencillo.

Y Chicot, que hasta entonces había permanecido á la defensiva, dió un paso adelante y atacó á su vez.

— He aquí el botonazo, dijo Chicot; hago una finta en cuarta baja.

Hizolo así, y Borromeo paró el golpe retrocediendo, pero al primer paso tuvo que pararse, porque tropezó con el tabique.

— ¡ Bien! eso es, paras el círculo; haces mal, porque mi puño es mejor que el tuyo; ligo, pues, mi

espada, doy un tercio alto, me tiro á fondo y te toco, ó más bien, te mato.

En efecto, el golpe había seguido, ó más bien acompañado á la demostración, y la fina tizona, introduciéndose en el pecho de Borromeo, se había deslizado como una aguja entre dos costillas, y penetrado profundamente y con un ruido sordo en el tabique de madera.

Borromeo estiró los brazos y dejó caer su espada: dilatáronse sus ojos ensangrentados, abrióse su boca, apareció en sus labios una espuma rojiza, su cabeza se inclinó sobre su hombro lanzando un suspiro que parecía estertor, cesaron después de sostenerle sus piernas, y aplomándose su cuerpo, ensanchó la herida que había hecho la espada, pero no pudo separarla del tabique por estar sostenida por el puño infernal de Chicot, de suerte que el desgraciado, semejante á un gigantesco murciélago, permaneció clavado á la pared, que sus pies golpeaban con sacudidas estrepitosas.

Chicot, frío é impasible como acostumbraba á estarlo en las circunstancias solemnes, sobre todo cuando estaba convencido de haber hecho todo lo que su conciencia le prescribía, soltó la espada, que quedó clavada horizontalmente, desabrochó el cinturón del capitán, metió la mano en el bolsillo del colete, tomó la carta y leyó la firma que decía:

Duquesa de Montpensier.

Entretanto brotaba la sangre á borbotones de la herida, y el dolor de la agonía se pintaba en todas las facciones de Borromeo.

— Yo muero, murmuró; Dios mío y mi señor, tened compasión de mí.

Esta última apelación á la misericordia divina, hecha por un hombre que sin duda hasta aquel momento supremo no había pensado en ella, enterneció á Chicot.

— Seamos caritativos, dijo, y puesto que este hombre ha de morir, á lo menos que sea lo más dulcemente posible.

Y aproximándose al tabique, retiró haciendo un esfuerzo su espada de la pared, y sosteniendo el cuerpo de Borromeo, impidió que cayera pesadamente al suelo; pero esta última precaución era inútil, pues la muerte había corrido rápido y fría, y paralizados ya los miembros del vencido, dobláronse sus piernas, se deslizó en los brazos de Chicot, y cayó rodando sobre el pavimento.

Este sacudimiento hizo brotar de la herida un chorro de sangre negra, con el cual huyó el resto de vida que animaba todavía á Borromeo.

Entonces Chicot fué á abrir la puerta de comunicación y llamó á Bonhomet.

El tabernero, que había estado escuchando á la puerta y oído sucesivamente el ruido de las mesas y de los bancos, el choque de las espadas y la caída del cuerpo pesado, no esperó á que le llamaran por segunda vez. Hombre de experiencia, y teniendo muy presente la confianza que se le había hecho, y conociendo muy bien el carácter de los hombres de armas en general, y el de Chicot en particular, no podía menos de adivinar cuanto había pasado.

La única cosa que ignoraba era cuál de los adversarios había sucumbido.

Necesario es decir, en elogio de maese Bonhomet, que su fisonomía tomó una expresión de verdadera alegría cuando oyó la voz de Chicot y vió que era el gascón quien sano y salvo abría la puerta.

Chicot, á cuya perspicacia nada se escapaba, notó esta expresión y la agradeció interiormente.

Bonhomet entró temblando en la salita, teatro de la catástrofe, y exclamó al ver el cuerpo del capitán bañado en su sangre.

— ¡Oh! ¡mi buen Jesús!

— ¡Oh! sí, mi pobre Bonhomet, dijo Chicot, he ahí lo que somos, el buen capitán está muy enfermo, como ves.

— ¡Oh! ¡señor Chicot, mi buen señor Chicot! exclamó Bonhomet casi consternado.

— ¿Qué es eso? preguntó Chicot.

— Habéis hecho muy mal en escoger mi casa para esta ejecución. ¡Un capitán tan bueno!

— ¡Cómo! ¿preferirías ver á Chicot en tierra y de pie á Borromeo?

— ¡Oh! no, no, exclamó el huésped con toda la sinceridad de su corazón.

— Pues bien, eso es, sin embargo lo que debía suceder, á no mediar un milagro de la Providencia.

— ¿De veras?

— A fé de Chicot, y sino, mírame las espaldas, que te aseguro me duelen más de lo que quisiera.

Diciendo así se inclinó delante del tabernero para que sus espaldas llegasen á la altura de su vista.

El colete estaba agujereado entre los dos omopla-

tos, y una mancha de sangre redonda y del tamaño de un escudo de plata, enrojecía las orillas del agujero.

— ¡Sangre, exclamó Bonhomet, sangre! ¡Ah! ¡Estáis herido!

— Aguarda, aguarda.

Y Chicot se quitó el colete haciendo en seguida lo mismo con la camisa.

— Mira ahora, dijo.

— ¡Ah! ¡tenéis una coraza! ¡qué felicidad, señor Chicot! ¿Y decís que el capitán quería asesinaros?

— ¡Diablo! me parece que no es cosa de broma una puñalada en las espaldas. ¿Ahora qué ves?

— Una malla rota.

— El capitán no estuvo torpe; ¿y sangre?

— Sí, mucha sangre debajo de las mallas.

— En ese caso quitémonos la coraza, dijo Chicot, y diciendo y haciendo presentó en un momento, desnudo un dorso que parecía componerse solamente de huesos, de músculos pegados á los huesos y de piel pegada á los músculos.

— ¡Ah! señor Chicot, exclamó Bonhomet, es tan ancha como un plato.

— Sí, eso es, la sangre está extravasada; es una equimosis, como dicen los médicos; dame un trapo blanco, echa en partes iguales en un vaso buen aceite de olivo y hez de vino, y lávame esa mancha, amigo mío.

— ¿Y qué hago de ese cadáver, señor Chicot?

— Eso no te importa á ti.

— ¿Cómo que no me importa?

— No. Dame papel, pluma y tinta.

— Ahora mismo, señor Chicot.

Bonhomet salió corriendo del reducto.

Entretanto Chicot, que probablemente no podía perder un minuto de tiempo, calentó á la luz de la lámpara la punta de un cuchillo, y cortó por entre el lacre la seda que sostenía el sello de la carta. Hecha esta operación, como ya nada sujetaba el pliego, lo sacó de su cubierta y lo leyó con vivas muestras de satisfacción.

Al acabar esta lectura entró Bonhomet con el aceite, el vino, la tinta, el papel y la pluma.

Chicot colocó la pluma, el papel y la tinta delante de sí, se sentó á la mesa, y presentó la espalda á Bonhomet con una calma estoica.

Bonhomet comprendió la pantomima y comenzó las fricciones, que sin duda debían causar fruición á Chicot, en vez de irritarle la herida, puesto que no sólo se puso á copiar con la mayor serenidad la carta del duque de Guisa á su hermana, sino que á cada palabra hacía sus comentarios.

La carta estaba concebida en los siguientes términos :

« Querida hermana : la expedición de Amberes ha » sido bien para todo el mundo, menos para nos- » otros; si os dicen que el duque de Anjou ha muerto, » no lo creáis, pues vive.

» *Vive*, ¿lo entiendes? Aquí está toda la cuestión.

» En esta sola palabra hay encerrada toda una » dinastía; esta palabra separa la casa de Lorena del » trono de Francia, mucho mejor que pudiera ha- » cerlo el más profundo abismo.

» Sin embargo, no os alarméis por esto, pues he
» descubierto que dos personas, á quienes suponía
» muertas, existen todavía, y la vida de estas perso-
» nas nos ofrece una probabilidad de que morirá el
» príncipe.

» Pensad, pues, solamente en París; dentro de
» seis semanas será tiempo de que principie á traba-
» jar la Liga; por lo tanto, conviene que nuestros
» parciales sepan que se aproxima el momento, á fin
» de que se hallen dispuestos.

» El ejército está bajo buen pie de guerra, con-
» tamos con doce mil hombres seguros y bien equi-
» pados; entraré con él en Francia, so pretexto de
» atacar á los hugonotes alemanes que van á socorrer
» á Enrique de Navarra; batiré á los hugonotes, y
» luego que entre en Francia como amigo, obraré
» como dueño y soberano. »

— ¡Eh! ¡eh! exclamó Chicot.

— ¿Os hago mal, señor? dijo Bonhomet suspen-
diendo las fricciones.

— Sí; amigo mío.

— Tranquilizaos, os frotaré con más suavidad.

Chicot continuó su lectura copiando :

« P. D. Apruebo completamente vuestro plan res-
» pecto de los cuarenta y cinco; permitidme sola-
» mente que os diga, querida hermana mía, que
» hacéis á esos pícaros más honor del que se me-
» recen... »

— ¡Ah! diablo, murmuró Chicot, no veo muy
claro este párrafo.

Y volvió á leer :

« Apruebo completamente vuestro plan respecto
» de los cuarenta y cinco... »

— ¿Qué plan? se preguntó Chicot.

» Permitidme solamente que os diga, querida
» hermana mía, que hacéis á esos pícaros más honor
» del que se merecen. »

— ¿Qué honor?

Chicot volvió á leer.

» Que se merecen.

» Vuestro querido hermano,

» E. DE LORENA. »

— En fin, dijo Chicot, todo está claro menos la
postdata. Tendremos cuidado con la postdata.

— Señor Chicot, se aventuró á decir Bonhomet
viendo que Chicot había cesado de escribir, ya que
no de pensar; señor Chicot, no me habéis dicho lo
que tengo que hacer con este cadáver.

— Una cosa muy sencilla.

— Para vos, que sois fecundo en recursos, sí;
pero para mí...

— Supongo, por ejemplo, que este desgraciado
capitán se puso á reñir en la calle con unos soldados
suizos ó alemanes, y que te lo trajeron herido: ¿te
habías de negar á recibirlo?

— No por cierto, á menos que me lo hubieseis
prohibido, señor Chicot.

— Supón también, que depositado en ese rincón,
y á pesar de los cuidados que le prodigaste, se te ha

muerto entre las manos. Esto sería una desgracia á lo sumo, ¿no es verdad? Y en vez de ser reconvenido, merecerás elogios por tu humanidad. Supón, además, que al morir ese pobre capitán pronunció el nombre bien conocido para ti del prior de los dominicos de San Antonio.

— ¡De don Modesto Gorenflot! exclamó Bonhomet con sorpresa.

— Sí, de don Modesto Gorenflot. Pues bien, vas á avisar á don Modesto, éste se apresurará á venir, y como al registrar al muerto encontrará su bolsillo de dinero, porque es importante que le encuentre, y esto te lo digo solamente por vía de aviso, y hallando además esta carta, no concebirá sospecha alguna.

— Comprendo, señor Chicot.

— Hay más: recibirás una recompensa en lugar de sufrir un castigo.

— Sois un hombre grande, señor Chicot; corro al priorato de San Antonio.

— ¡Aguarda! ¡Qué diablo! He dicho el bolsillo y la carta.

— ¡Ah! sí, ¿y la carta la tenéis?

— Justamente.

— ¿Convendría no decir que ha sido leída y copiada?

— ¡Pardiez! precisamente porque hallarán intacta esa carta recibirás una recompensa.

— ¿Conque hay un secreto en esta carta?

— En los tiempos que corren, mi querido Bonhomet, hay secretos en todo.

Dada esta respuesta sentenciosa, se puso Chicot á atar de nuevo la seda del sello, empleando el mismo

procedimiento, y en seguida unió el lacre tan artísticamente, que el ojo más ejercitado no hubiera podido ver en él la menor separación. Después de lo cual guardó la carta en el bolsillo del muerto, mandó á Bonhomet que aplicara á su herida el paño impregnado en aceite y hez de vino, á manera de cataplasma, púsose la cota de malla preservativa sobre su piel, su camisa sobre su cota de malla, su colete sobre su camisa, recogió su espada, la limpió, y envainándola, se dispuso á salir, pero volviéndose inmediatamente, dijo:

— Si la fábula que he inventado no te parece buena, puedes decir que el mismo capitán se ha atrevesado con su espada.

— ¿Un suicidio?

— Ya comprendes que esto no compromete á nadie.

— Pero entonces no enterrarán á este desgraciado en el campo santo.

— ¡Bah! dijo Chicot, sin duda que á él le importará esto mucho.

— Yo lo creo que sí.

— Entonces haz lo que quieras, mi buen Bonhomet: adiós.

Volviendo por segunda vez, añadió:

— ¡Ah! se me olvidaba, quiero pagar, puesto que él ha muerto.

Y arrojando tres escudos de oro sobre la mesa, acercó su dedo índice sobre sus labios en señal de silencio, y salió de la taberna.